

de arena, aunque con la precaucion de sacar la espada antes de dar un paso.

— Precisamente, señor duque, respondió el Bravo quitándose la máscara.

— ; Jacobo ! Aun es mayor mi dicha de lo que yo esperaba. ¿ Has adquirido noticias de mi esposa ?

— Seguidme, don Camilo ; pronto tendreis el gusto de verla.

No habia necesidad de apoyar semejante promesa en ningun medio persuasivo. Don Camilo entró en la góndola del Bravo, y al llegar á uno de los caminos del Lido que conducian al golfo, le explicó todo lo ocurrido, sin omitir el designio del joven Gradenigo de atentar á su vida.

La falúa, que con mucha anterioridad

habia recibido el pase necesario de los agentes de la policia, siguió para salir del puerto el mismo rumbo por donde la góndola entró en el Adriático. El mar estaba tranquilo ; una buena brisa soplaba de la parte de tierra, y todo favorecia á los fugitivos. Dona Violeta y su aya, apoyadas contra un mastil y fijando impacientes miradas en las lejanas cúpulas de Venecia, admiraban la belleza que el conjunto de edificios presentaba á media noche. De tiempo en tiempo llegaran á su oido los melodiosos ecos de las músicas que sonaban en los canales, infundiendo en el corazon de la hija de Tiepoto un natural sentimiento de melancolia al considerar que acaso era aquella la última vez que escuchaba unos sonidos tan gratos en el lugar de su nacimiento ; mas un puro é inesperado placer disipó todos sus pesares cuando al saltar don Camilo de la góndola á la falúa es-



trechóla enagenado de júbilo contra su pecho.

Ninguna dificultad costó persuadir á Estéfano á que abandonase para siempre el servicio del Senado por el de su señor feudal. Las promesas y las órdenes de don Camilo bastaron para decidirle á ellos; y luego que todo estuvo arreglado, conocieron cuan necesario era no perder un instante. Desplegaronse las velas, y la falúa comenzó á alejarse de la orilla. Jacobo dejó que su góndola siguiese á remolque hasta una legua dentro del mar, antes de resolverse á saltar en ella.

— Es preciso que vayais á Ancona, señor don Camilo, á ponerlos inmediatamente al abrigo del cardenal secretario, dijo el Bravo apoyado en el borde de la falúa sin determinarse á partir todavía. Si Estéfano se mantiene en estos mares, pue-

de muy bien suceder que dé con las galeras de la República.

— Nada temas por nosotros. Pero y tú, honrado Jacobo, ¿cuál será tu suerte quedándote en Venecia?

— Tranquilizaos, señor. Dios dispone de todo segun su santa voluntad. Ya he dicho á V. E. que aun no me es dado abandonar la ciudad; mas si la suerte me fuese propicia, espero ver algun dia vuestro castillo de Sta. Agueda.

— Y nadie será mejor acogido ni estará mas seguro que tú dentro de sus muros. Pero lo repito, Jacobo..... Yo tiemblo por tu suerte.

— Dejadlo señor: conozco el peligro, la miseria, desesperacion. Esta noche he gozado un momento de placer al ver



la dicha de dos corazones tiernos, y hace tiempo que Dios no se habia dignado proporcionarme otro igual.... Señora, continuó dirigiéndose á doña Violeta, los bienaventurados quieran velar sobre vos, y el supremo Hacedor os preserve de todo riesgo.

Dicho esto, besó la mano de la noble dama, que ignorante de la mitad de los servicios que le prestara, escuchábale con asombro.

— Don Camilo Monforte, prosiguió Jacobo, temed á Venecia hasta el dia de vuestra muerte. Cuidado con que jamás ninguna promesa, ninguna esperanza, ningun deseo de aumentar vuestros honores ó riquezas sean bastantes á induciros á que os pongais bajo su dominio. Nadie como yo conoce la falsedad de esta República; y mis últimas palabras se diri-

gen á persuadirós eficazmente que desconfiéis de ella.

— Hablas como si no debiésemos vernos nunca mas, digno Jacobo.

El Bravo volvió á este tiempo la cabeza hácia la luna, apareciendo en sus labios una sonrisa melancólica por la satisfaccion que le causaba la dicha de ambos amantes, aunque acompañada de tristes presentimientos sobre su futura suerte.

— Los mortales solo conocemos lo pasado, respondió con voz sepulcral.

Dicho esto besó la mano de don Camilo, y saltó aceleradamente en la góndola. Desató la cuerda que la sujetaba á la falúa, y esta se alejó dejando solo en medio de las aguas del Adriático á aquel hombre extraordinario. Don Camilo corrió á la po-



pa, y vió por la última vez al Bravo que regresaba al teatro de astucias y de violencias, del cual alegrábase en extremo haber podido escapar él mismo.

### CAPITULO III.

Al amanecer del día siguiente la plaza de S. Marcos estaba desierta. Los ministros del santuario oraban junto al féretro del viejo Antonio, y aun permanecían en la catedral y sus cercanías algunos pesca-